

en celda estrecha y solitaria habita  
un austero y humilde cenobita.

Pasó su juventud en ardua guerra  
derramando su sangre generosa  
por ensanchar los lindes de su tierra  
y engrandecer su patria poderosa.  
En el valle acampó, saltó la sierra  
tremolando la enseña victoriosa,  
y los vencidos le debieron leyes,  
conquistas su nación, oro sus reyes.

Hoy, porque al mundo su valor asombre,  
ó porque su valor ponga en olvido,  
vela en el claustro el opulento nombre  
con que ha valiente capitán vivido;  
y olvida con lo mísero de hombre  
cuanto de grande é inclito ha tenido,  
curando en santa y religiosa calma  
las hondas cicatrices de su alma.

Que entre ásperas y crudas penitencias,  
buscó su Dios el alma atormentada  
por el revuelto golfo de las ciencias,  
por el desierto de la inmensa nada;  
así avivó su fe con sus creencias,  
así acalló su carne macerada;  
mas en lucha tenaz consigo mismo,  
en sus creencias encontró un abismo.

Creó y dudó; y en duda irreverente,  
tornó á creer, y recayó en la duda;  
hundió en el polvo la humillada frente,  
en su cuita á su Dios pidiendo ayuda;  
creó segunda vez, pero igualmente  
dudó segunda vez el alma ruda;  
oró, su pertinacia castigando,  
mas creyendo dudó, y creó dudando.

Doquier su incertidumbre y su imperi-  
el orden de las cosas reprochaba; [cia,  
la virtud presa, impune la malicia,  
doquier de sus creencias recelaba;  
mal segura y torcida la justicia,  
de la justicia celestial dudaba,  
y de los males del viciado suelo,  
culpa argüía en el dormido cielo.

Con sus dudas así y con sus creencias,  
arrastraba el severo capuchino  
su vida entre recónditas dolencias,  
y dudaba tal vez de su destino.  
En vano con austeras penitencias  
pedía al cielo su favor divino;  
siempre acosaba al pensamiento adusto  
la duda de lo justo y de lo injusto.

Siempre sus penitentes oraciones,  
y su estudio, y sus horas solitarias,  
turbaban sus incrédulas ficciones,  
siempre con causas ó con hechos varias;  
ni el turbulento mar de sus razones  
sosegaban su llanto y sus plegarias,  
que cuanto más oraba penitente,  
se rebelaba el corazón demente.

El pueblo, al contemplar su faz severa,  
que con el toscó capuchón ceñía,  
el paso grave, la mirada austera,  
la barba que á los pechos le caía,  
su misteriosa forma pasajera,  
que tan sólo en el templo aparecía,  
reputación de justo le otorgaba,  
y por justo varón le respetaba.

El sabio que en su cámara medita,  
en un confuso libro amarillento,  
las ideas que el sabio cenobita  
creó en la soledad de su convento,  
viendo que su honda creación gravita  
sobre su aventajado pensamiento,  
ambas razones balanceando, cede,  
y el renombre del sabio le concede.

Mas tal es la mundana inconsecuencia  
y el frágil peso del consejo humano,  
que yerra el corazón, yerra la ciencia  
en el juicio más fácil y liviano:  
en medio de su airada penitencia,  
presa á su vez del pensamiento humano,  
bajo el sayal del hombre penitente,  
el incrédulo habita impunemente.

Doquiera le mantiene arrebatado  
honda meditación que le divierte  
por el gran laberinto en que, obcecado,  
razones busca á la insensata suerte;  
y el mundano doquier cura engañado  
de que en su arrobo el justo no despierte  
y la sagrada inspiración no acuda;  
mas el sabio no adora, sino duda.

Es una mañana clara  
de una fresca primavera;  
la brisa arruga ligera  
la hierba, el agua y la flor.  
El sol asoma al Oriente  
su cabellera inflamada,  
y alza el ave en la enramada  
dulces himnos al Criador.

Orlan el campo las perlas  
que ha derramado el rocío,  
murmura allá abajo el río  
la orilla al acariciar;  
y en niebla azulada y tenue  
que remeda al limpio cielo,  
vapores exhala el suelo  
de jazmines y azahar.

La inquietas mariposas  
despliegan sus cien colores,  
columpiándose en las flores  
con revoltoso bullir,  
posando en todas livianas;  
sólo al lindel dejan sola,  
sin sus besos, la amapola  
el toscó vaso al abrir.

Ostenta cuantos primores  
en su ancho tapiz encierra  
á la luz del sol la tierra  
respirando juventud.  
Todo es calma, luz y vida  
en la dulce primavera;  
mas ¡ay, cuánto es pasajera  
su belleza y su quietud!

También gozó de su infancia,  
su vigor y su opulencia,  
esa ciudad, de existencia  
más remota y más feliz;  
mas si no alcázar de reyes,  
aun conserva la nobleza  
en que muestra su grandeza  
lo que fué Valle-de-Olíd.

.....  
.....  
A un lado del Campo Grande,  
en un balconcillo estrecho,  
el codo en el antepecho,  
sobre la mano la sien,  
un austero capuchino  
el campo está contemplando,  
la baja tierra mirando  
con religioso desdén.

Si sufre, goza ó medita,  
si bien ríe ó males llora,  
si desespera ó si ora,  
es difícil de atinar.  
Los ojos fijos en tierra,  
la tez rugosa, amarilla,

en la palma la mejilla,  
siempre en el mismo lugar,  
siempre en la misma postura,  
en el mismo arrobamiento,  
sin voz y sin movimiento,  
sin aparente razón;  
insondable el alma viva  
tras aquella estampa muda,  
una cifra es de la duda  
de imposible comprensión.

Al pie del mismo convento,  
en paseo solitario,  
desde la iglesia al osario  
vagar un hombre se ve;  
ambos brazos á la espalda,  
hasta la ceja el sombrero,  
larga daga, agudo acero,  
y espuela dorada al pie.

Su pensamiento no aclaran  
su talante ni su paso;  
tal vez estará al acaso  
y sin voluntad allí;  
creeráse que reconoce  
el lugar en que se mira;  
se tiene, calla, suspira,  
viene y va, y constante así.

Del cementerio á la iglesia,  
de la iglesia al cementerio,  
siempre en el mismo misterio,  
siempre en el mismo vagar,  
ni él ve al monje que á su reja  
asomado ora ó medita,  
ni se cura el cenobita  
su ocupación de acechar.

Seméjase el capuchino  
á un ilustre prisionero,  
y semeja el caballero  
el vencedor capitán;  
mas el uno en su ventana  
en imperturbable vela,  
y el otro en su centinela,  
indiferentes están.

En esto, del fin del campo  
que ambos á espalda tenían,  
uno tras otro venían  
dos hidalgos á la vez.  
La del primero era fuga,  
la del otro seguimiento,  
y víase bien su intento  
en su tenaz rapidez.

Desarmado el de delante  
y la faz desencajada;  
en la derecha la espada,  
ya cerca el perseguidor.  
Ambos á par se empeñaban  
en su fuga y su denuedo;  
el de delante era miedo,  
el de atrás era furor.

«¡Detenerlos!», gritó el monje:  
tornó el caballero el gesto,  
y un punto en el mismo puesto  
viéronse iguales los tres.  
Mas antes que el más cercano  
acudiera al homicida,  
el otro cayó sin vida,  
bañado en sangre, á sus pies.

Seguir al vivo era en vano;  
como una sombra fugóse;  
al desplomado tornóse,  
mas era inútil también;  
y antes que reconociese  
de la herida la malicia,  
llegó á punto la justicia  
gritándoles que se den.

Prestó atención exquisita  
desde lo alto el capuchino:  
«¡Este es, éste, el asesino!»,  
á la ronda oyó decir.

Requirió el preso su espada  
para dar final respuesta,  
pero otra mano más presta  
vino su intento á impedir.

—Déjese sin fuerza, hidalgo,  
y hacia la cárcel se apronte.  
¿Quién es?

—Don Tello de Aponte.

—Préndanle y vengan en pos.—  
Cerró el monje la ventana,  
la prisión injusta viendo,  
con voz cóncava diciendo:  
«Si no hay justicia, no hay Dios.»

## III

Tras una mesa cubierta  
con un terciopelo verde,  
en tres sillones de brazos  
están sentados tres jueces.

En más ínfimo lugar,  
y de ellos frente por frente,  
espera en silencio un hombre  
sentado en un taburete.

Serenos tiene los ojos,  
alta y tranquila la frente,  
el rostro descolorido,  
y ambos pies en un grillete.

Mas nada hay en su persona  
que á imparciales ojos muestre  
que tan orgulloso porte  
acompañe á un delincuente.

Que es noble, se ve en su nombre;  
que es criminal, en las leyes;  
que no es traidor, en su rostro;  
y en su talle, que es valiente.

Mas que importa su custodia  
se ve bien en los mosquetes  
que esparcidos por la sala  
las entradas la defienden.

Por las puertas y tapices  
se alcanzan confusamente  
las cabezas apiñadas  
de la multitud que atiende.

Y en el inquieto murmullo  
que discurre entre la gente  
se ve que todos escuchan,  
pero que pocos entienden.

Confusas, distantes, rotas,  
concebirse apenas pueden  
de preguntas y respuestas  
las razones diferentes.

El juez pregunta, y el reo  
responde; los escribientes  
escriben; los guardias guardan,  
y el pueblo murmura siempre.

EL JUEZ

¿Quién sois?

EL REO

Un hombre.

EL JUEZ

¿Su nombre?

EL REO

Don Tello de Aponte soy.

EL JUEZ

Levantaos.

DON TELLO

Bien estoy.

EL JUEZ

Ved que soy el juez.

DON TELLO

Yo el hombre.

EL JUEZ

Ved que es fuerza obedecer.

DON TELLO

Que me desaten decid,  
ó en preguntar proseguid,  
que así os he de responder.

EL JUEZ

¿Matasteis á un hombre?

DON TELLO

No.

EL JUEZ

Con el muerto os sorprendieron,  
y os acusan.

DON TELLO

Pues mintieron.

EL JUEZ

Fué la justicia.

DON TELLO

Mintió.

EL JUEZ

Esta espada, ¿de quién es?

DON TELLO

Si en esta mano estuviera,  
mejor ella lo dijera.

EL JUEZ

¿No os la hallaron?

DON TELLO

Sí, á los pies.

EL JUEZ

¡Bañada en sangre!

DON TELLO

Es así.

EL JUEZ

Y un hombre teníais muerto  
junto á vos.

DON TELLO

También es cierto.

EL JUEZ

Luego fuisteis.....

DON TELLO

Yo no fuí.

EL JUEZ

Decid, pues, ¿quién le mató?

DON TELLO

Un hombre que le seguía.

EL JUEZ

¿Cuyo nombre?

DON TELLO

El lo sabría

Y si no se huyera, yo.

EL JUEZ

Luego ¿huyó?

DON TELLO

Dije que sí.

EL JUEZ

¿Le conocerais á verle?

DON TELLO

Mal pudiera conocerle  
si nunca el rostro le vi.

EL JUEZ

¡Bien lo fingís!

DON TELLO

Bien lo cuento,  
que esto solo aconteció.

EL JUEZ

¿Confesáis el crimen?

DON TELLO

No.

EL JUEZ

Pues ponédle en el tormento.

DON TELLO

Vedlo bien.

EL JUEZ

Lo vi.

DON TELLO

Pues voy;  
pero mirad que inocente.

EL JUEZ

Vos nombraréis delincuente.

DON TELLO

Puede ser, pues hombre soy.  
Mas si el dolor da por mí  
alguna declaración,  
anulo mi confesión,  
y en cuanto diga, mentí.

Sacáronle de la sala,  
y en sus sillones los jueces  
callaron, mientras susurra  
en son siniestro la plebe.

A verse en la puerta alcanza,  
que en el fondo el salón tiene,  
una alfombra de cabezas  
que bullen eternamente;  
un montón desordenado  
de ojos de hombres y mujeres,  
que giran en muchos gestos,  
ya curiosos, ya impacientes.

Acá y allá algunas damas,  
que en los tupidos dobleces  
de un velo en que acaba un manto,  
la faz ruborosa envuelven.

Y esta multitud inquieta  
cuchicheando sordamente,  
esperando alguna cosa  
de otra cosa que sucede;

ya de parte de don Tello,  
ya de parte de los jueces,  
y ya bien, como en comedia,  
aguardando lo siguiente.

Dispuesta del mismo modo  
á escuchar lo que dijeren,  
á partir cuando se acabe,  
y á esperar mientras la dejen,  
forma un susurro monótono  
que por el aire se extiende,  
y un acento sin palabras  
en la atmósfera mantiene.

Los centinelas pasean,  
el escribano se duerme  
con la barba sobre el puño,  
y el puño entre los papeles.

Los galanes, rostro á rostro  
plática entablada tienen,  
que amantes, serán amantes  
dondequiera que se encuentren.

Los muchachos, la paciencia  
con aquel silencio pierden,  
y hacen los viejos á solas  
comentarios de las leyes,  
en favor de la justicia  
que andaba allá en sus niñeces,  
porque sin duda es muy bueno  
lo malo que se nos pierde.

Así en paciencia ó enojo  
mantuviéronse igualmente,  
en son confuso de muchos,  
jueces, soldados y plebe.

Alzóse al fin la cortina;  
impusieron los corchetes

silencio, y todos los ojos  
tornáronse de repente.

Retratada en el semblante  
la agonía de la muerte,  
salió el primero don Tello,  
que apenas basta á tenerse.

Alzáronse en el salón  
vagos murmullos al verle,  
que más que á satisfacciones,  
á amenazas se parecen;

mas á una señal airada  
de los irritados jueces,  
y á la vista de vecinas  
alabardas y mosquetes,  
reinó el silencio en la sala  
capitulando la plebe,  
que cuanto más atrevida,  
es tanto menos valiente.

EL JUEZ

(¿Confesó?)

UNO

(Confeso está.)

EL JUEZ

Decid, pues, ¿quién le mató?

DON TELLO

El asesino soy yo,  
si no estáis cansados ya.

EL JUEZ

Hablad más claro.

DON TELLO

El tormento  
dejó menos fuerza en mí;  
á todo digo que sí,  
pero en cuanto digo miento.

EL JUEZ

¿Le matasteis?

DON TELLO

Le maté.

Tomo I

EL JUEZ

¿Por acaso ó por razón?

DON TELLO

Por intento y á traición.

EL JUEZ

¿La razón?

DON TELLO

Yo me la sé.

EL JUEZ

Decidla si la tenéis.

DON TELLO

¿No basta que le matara?

EL JUEZ

Sí, por cierto, que bastara.

DON TELLO

Ruégoos, pues, que despachéis.

EL JUEZ

Sobre ese libro jurad  
que por traición le habéis muerto.

DON TELLO

Dadme el libro; todo es cierto;  
jurado está, y despachad.

Entró en esto, atropellando  
por los guardias y la gente,  
sin que curiosos ni guardias  
bastasen á detenerle,  
un capuchino severo,  
de luenga barba, ancha frente,